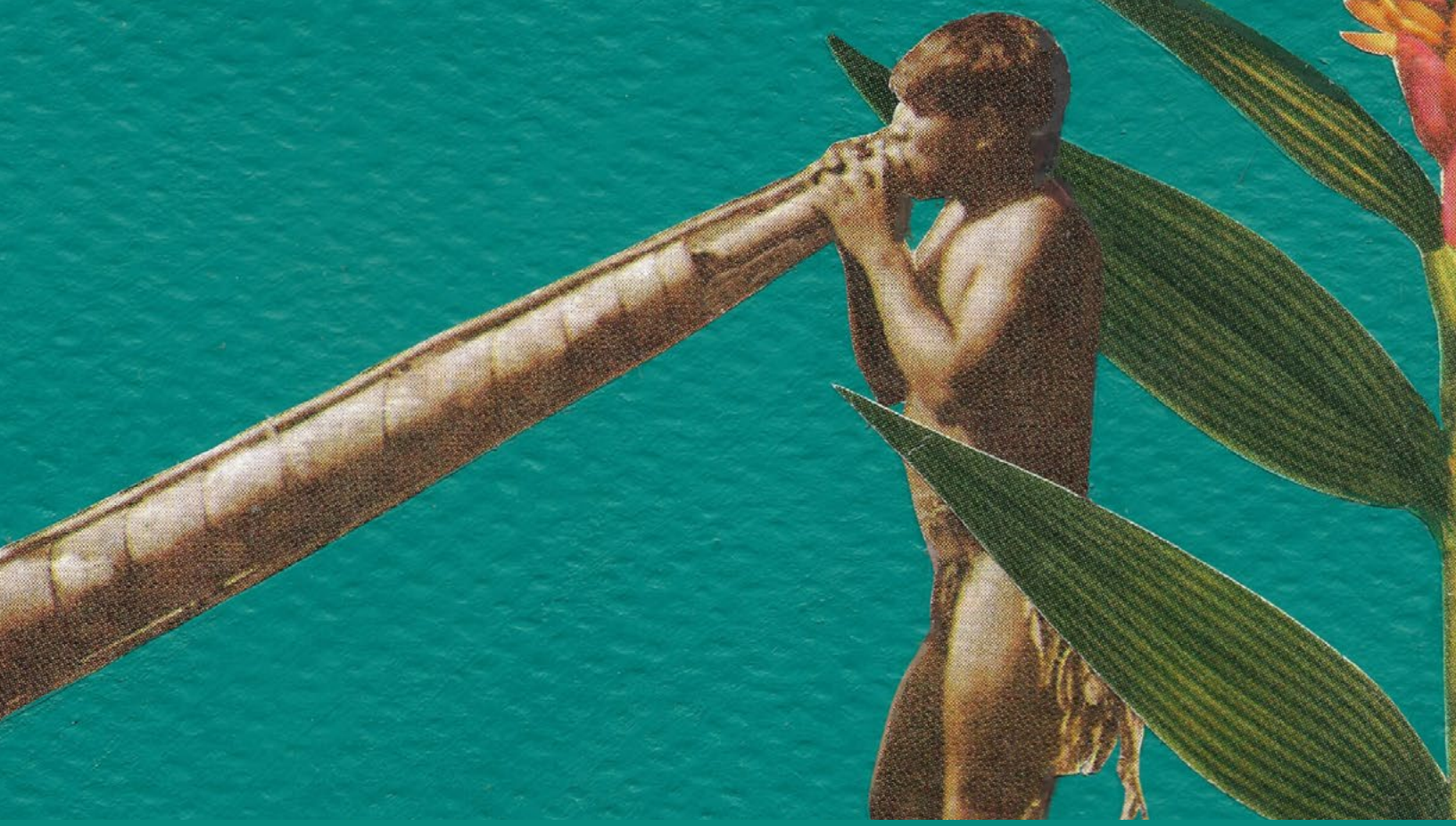


Aluvión

EL
AU TERRITORIO
—SENTE



El desprecio de los Jaimes Manriques

A. JULIANA ENCISO

Me recordaba a muchos de los colombianos que conozco, llenos de prejuicios y carentes de compasión. Aunque tenía una apariencia inconfundible de indio guajiro, se refería a los colombianos como “indios salvajes”.

JAIME MANRIQUE (EL OTRO JAIME MANRIQUE)

La primera extranjería es la lucidez. Luego ser mujer, bilingüe, trilingüe. Tener acento y un cuerpo que responden a distintas formas de la luz según el lugar en el mundo. Crecer como un hijo bastardo y homosexual. Ser de aquí y de allá sin reclamar posesión de un carácter particular. La extranjería es observar un espacio físico —llámese mar Caribe, jardín interior con trinitarias, Roosevelt Avenue, un salón burrero de la vía 40— con la familiaridad del recuerdo y el recelo de la memoria. Es desconfiar de los discursos del arraigo, de las versiones únicas de la historia y reconocer que hay en cada orgullo nacional (sin importar el país) la tentación a temer al otro porque su diferencia es el límite de lo que no podemos comprender.

Sin embargo, en el caso colombiano explorado por Manrique en su obra, nuestro pánico, la rabia está direccionada hacia nosotros mismos. Somos el pueblo caníbal que se devora, se desprecia, se inventa niveles de blancura para no reconocer al indio, al negro que reverbera en nosotros cuando vemos a otro con la historia de nuestras pesadillas familiares preguntándonos la hora. Somos un colectivo al que le cuesta ser comunidad, en particular cuando estamos fuera de Colombia y alguien nos pregunta con el tono grueso de la casa si sabemos dónde se consigue Chocoramo.

La obra de Jaime Manrique dista de ser el trabajo de un colombiano ilustre, o el de un exiliado tocado por el éxito en la industria editorial norteamericana. Al contrario, su universo creativo es una búsqueda del malestar como una forma de reflexionar sobre nuestros deseos y miedos recurrentes, tomando como referente las pasiones humanas en gran medida cultivadas alrededor de Colombia como país de origen. No busca complacer ni suavizar el lenguaje para ajustarse a la pretensión de lo bien dicho tan afín a las buenas costumbres y los modos de una poesía que no desea estorbar. Leerlo nos lanza a ese territorio agorafóbico de los escritores intimistas como Sharon Olds, Albert Camus, Vivian Gornick y Emily Dickinson. Entre la ficción de lo autobiográfico y la veracidad de los sentimientos intensos de sus narradores, sus historias nos expulsan del lugar seguro de lo moralmente “correcto” para obligarnos a recorrer las zonas más difíciles del autorreconocimiento personal.

Como lectora le agradezco la ira, el asco, la indiferencia, el desprecio, el clasismo, el fastidio de sus Jaimes Manriques, de sus Villalbas, de sus pícaros. Igual que quienes hemos visto a nuestro violador en el supermercado y sabemos que es una cara familiar de la infancia, Manrique al cuestionar el pacto ficcional de la mentira y la verdad en su técnica narrativa; al mezclar la metáfora de la monstruosidad con la memoria personal de la historia nos plantea una experiencia liberadora de lectura. Al arrancarnos el pudor de nuestro sufrimiento colectivo, su obra nos abre un canal de contacto con nuestra vergüenza nacional íntima que hace imposible la creación de tejidos colectivos como país. Odiamos y desconfiamos de los colombianos porque no podemos digerirnos por diez minutos en el teléfono siendo meramente colombianos; sin pretender una historia diferente a la que nos figuró.

Maestro en la creación de escenas donde los personajes son descritos en pocos rasgos —como sucede con el arte de la adjetivación de Carson McCullers o Irvin Shaw en su narrativa— y, en el caso de su poesía,

la conciencia de la escena como un espacio para pulir plasticidad de la lengua; es difícil decir que Manrique es un colombiano que solo escribe en inglés o un poeta norteamericano que traduce al español. Su literatura es un proyecto entre mundos: entre la costa Este y los palos de mango y ciruela; entre la pasión por Melville y Blake y la devoción por Luis Cernuda; la fascinación por la belleza árabe y la sabiduría del Siglo de Oro español.

Manrique podría ser el gemelo transatlántico de Amin Maalouf el “asesino” de identidades fijas y representables con las que los académicos ganan sus becas y sus viajes internacionales. Frente a su identidad fluida este escritor francés, cristiano de nacimiento, hablante nativo de árabe nacido en el Líbano afirma: “Lo que me hace ser yo, y no otro, es ese estar en los lindes entre dos países, de dos o tres lenguas, entre varias tradiciones culturales. Eso es lo que define mi identidad”. Manrique, como Maalouf, es un creador entre linderos: es tanto el chico que bailaba mambo en Barranquilla con su tía, el hombre que disfruta la precisión del inglés de Elizabeth Bishop, como el observador del torso desnudo de un muchacho carioca en algún lugar del que solo conocemos las coordenadas de su goce. Precisamente es esa condición múltiple la que hace de su trabajo una invitación a emanciparse de los rótulos e ingresar en la experiencia fluida y transitoria de tener un yo relativo.

En Manrique la vida sucede como una imagen. Y las imágenes carentes de fondo aterran porque conllevan a una experiencia honda del presente donde no somos más que el ahora donde suceden los encuentros. En el caso de lo colombiano —como sucede en el personaje de “El día que Carmen Maura me besó”— el horror radica en que no hay nada que pueda excusar nuestro cambio, el fastidio a los amigos que nos recuerdan la vida en Colombia. En el presente vacío de las escenas de Manrique no hay reparación que pueda excusarse en el pasado o la redención geográfica en el futuro. Lo que nos conduce al leerlo a aceptar el amor

y el odio hacia la geografía primera que tenemos en lo profundo de los huesos. En ese sentido, su escritura es la de un artista preocupado por la sinceridad. Y su sinceridad es el obsequio de su escritura.

En épocas de provincialismos y fascismos que siguen llamando a tomar partido por la cara única y “correcta” de la identidad, leer a Manrique es un ejercicio liberador de esa imposición. Podemos en sus narradores leer la cara fea con la que nos descubrimos cada mañana como colombianos y en cierta forma intentar ser más compasivos con ese otro que somos en la colectividad. Hay en sus cuentos un espacio en blanco para aceptar nuestro pánico y ver que aún en nuestra monstruosidad, esta vocación titánica de devorarnos, la vida es bella porque —como dice su poema “El extranjero”—: “Millares de golondrinas vuelan/ sobre nosotros como alfombras mágicas/ en el cielo entintado”.